



### ARTURO WARNER.

ARTURO Warner era hijo único de una madre que lo adoraba. El amor de esta madre hubiera podido con mayor razón llamarse un culto, una religión. Había hecho de este niño una especie de ídolo: sin cesar estaba vigilante para que nada le fuese penoso, y que en todo encontrase placer y dicha. De día, de noche ponía en tormento su imaginación para facilitarle nuevos contentos y reemplazar con flores las espinas que la infancia misma encuentra frecuentemente en la vida. Sentía este la más ligera indisposición, al punto lo creía en peligro de muerte; no queriendo que dejase la cama, lo rodeaba de las más minuciosas atenciones; en fin, se hacía culpable de todos los excesos de ternura a que una madre puede entregarse, porque las demostraciones de afecto, de aquel afecto racional, tienen sus límites.

¿Y qué sucedió por lo mismo? Arturo se finjia con frecuencia enfermo, y esto no faltaba nunca cuando quería conseguir alguna cosa, que ningun otro medio podia procurarle. Su madre, neciamente meticulosa, sin que la vida del niño corriese riesgo alguno, cedia entonces á todos sus caprichos. Sin esta condicion nunca decia Arturo que gozaba de buena salud. Si tenia un deseo estravagante, era inútil hacerle ver toda la dificultad que habia para satisfacerlo, no reconocia obstáculo alguno; y si se le rehusaba, amenazaba con una enfermedad. Ésta era su palabra decisiva.

Estas enfermedades se renovaban muy frecuentemente, porque sus exigencias eran muy difíciles, y frecuentemente imposibles de satisfacer. Habia llegado al extremo, que parecia conceder un favor á su madre cuando consentia en estar bueno.

No hay, quizás, un niño, que en el curso de los estudios, no se haya finjido el enfermo, sea asustado por algun deber que estimaba superior á sus fuerzas, sea convidado por el atractivo del reposo ó de un placer pasajero. Es tan gustoso, cuando se está en un colejo, donde es menester levantarse mucho antes del dia, en un tiempo de nieve y de hielo, es tan gustoso dejar á los otros que bajen del dormitorio, y quedarse en la cama bien caliente, mientras ellos trabajan, tiritan, y se restregan los dedos para calentárselos! Se sale luego del paso diciendo que se ha tenido un fuerte dolor de cabeza, y aun se llega á persuadirse á sí mismo, y para convencer de ello á los demás, se anda con mas lentitud que se acostunbra, no se rie con tanta facilidad como los otros dias, y en caso necesario no se rie de manera alguna; y si ese dia no se come de carne, si es un viernes, no se come casi nada para hacer ver que se ha perdido el apetito. Otras veces se vá á dar un baile ó una gran comida en la casa; cómo no se ha de asistir á esta funcion! ¡Cómo no disfrutar de la diversion donde todos han de tener tanta parte! Eso no se puede soportar, cuando se está algun tanto mimado. Es indispensable por lo mismo recurrir entonces al artificio, porque el dia que se verificará ese baile, esa comida, es un dia de trabajo, un dia de fastidio, un dia de griego y de latin, y está todo dicho; y no se puede con decoro alegar al señor preceptor una fiesta para salir cuando todo el mundo estará ocupado; no daría oídos á la peticion. Entonces pronto una enfermedad cualquiera será necesaria para salir de la dificultad, y la víspera viene el quejarse de alguna indisposicion; no se cena, y se sale al dormitorio antes que los astros. Mas con anticipacion se ha escrito á su madre, digo á su madre, porque esta se cuida mas frecuentemente de la salud de su hijo que el padre; se la ha escrito, pues, que se está muy indispuesto, que ya tiene fecha, y que para restablecerse son in-



dispensables algunos días de reposo. Y la madre no puede dormir según lo llena de inquietud que está. Qué de noches en blanco hacen pasar los hijos á sus madres! Al día siguiente, olvidando la función que debe darse, pensando solo en el enfermo, que solo pensaba en la función, vá ella volando al colegio, y á pesar de los buenos colores, que no puede ocultar el artificioso niño, á pesar de los esfuerzos del preceptor que vé claro para tranquilizar á la madre y retener al hijo, ella se lo lleva de grado ó por fuerza. Una hora basta para restablecer al enfermo, iba á decir al moribundo, y volverle la vida y la salud. Bebe, come, salta este día mas de lo ordinario; es necesario que se desquite de la molestia y de lo que ha tenido que comprimirse para conseguir su objeto; y á la noche se acuesta con una fuerte indigestion que le castiga por su fraude, precisándole á guardar cama por muchos días.

Atended á esto, amiguitos míos. Una falta, cuando es solo pasajera, se borra con el tiempo sin dejar rastro peligroso; mas repetida con frecuencia, constituye un defecto que se agarra á vosotros, no os deja nunca, hace parte de vosotros y puede tener los mas tristes resultados. Pero volvamos á la historia de Arturo.

Los multiplicados y excesivos cuidados, el tormento continuo á que se habia sometido voluntariamente la señora Warner, acabaron por alterar su salud. La carga era muy pesada; la habia infaliblemente abrumado, sin que Arturo hiciese nada para aliviarla; no amaba bastante á la madre para eso, cuando su padre profundamente afligido de un desórden semejante, cuya causa ya habia penetrado, quiso en fin hacerlo cesar. El queria á su hijo tanto como á su mujer, y no queria que la una fuese víctima del otro. Llamó, pues, un día á Arturo y le dijo en presencia de su madre:

—Arturo, ya has llegado á una edad en que la instruccion debe ser para tí una necesidad, la ignorancia causa vergüenza. No son los cariños diarios de tu madre los que necesitas, es el estudio, es una enseñanza sólida que haga en su día de mi hijo un hombre útil á la sociedad, y la honra de su familia. Escoge el colegio en que mas te agrada entrar al instante.

Arturo no respondió nada, y pareció someterse. Pudo retener sus lágrimas; de nada habrian servido; mas aparecieron luego que estuvo solo con su madre. No os referiré todo lo que la dijo; no os hablaré del despropósito de sus palabras, de la ingratitud de su corazón; todo esto lo dejo á vuestra imaginacion, puesto que ya conoceis ese feo carácter. Se adelantó á acusar á su madre de la resolucion que habia tomado el Sr. Warner. Era bastante injusto para quejarse de su madre á la que afligia semejante determinacion, tanto como á su hijo; á ella

que lo amaba mas que á sí misma, á ella en fin que en su ciego y culpable afecto, habría querido mas verle ignorante toda su vida, que separarse de él un solo instante; porque creia que metiéndolo en el colejio lo condenaba al sepulcro.

Y sin embargo, esta separacion mucho tiempo hacia que era muy urgente. La salud de la señora Warner, mas que vacilante y profundamente alterada, necesitaba ser prontamente socorrida. Era como un arbol que se secaba rápidamente si no se tenia cuidado de separar los renuevos que crecen al rededor de él, y que absorven todos los jugos nutritivos. El Sr. Warner creyó que un viaje á Italia sería necesario y así se determinó. Veía en él una doble ventaja; primero sería favorable á la salud de su mujer, y luego la madre y el hijo se acostumbrarían á vivir lejos uno de otro.

Los preparativos de la entrada en el colejio los acompañó Arturo de una multitud de lágrimas y quejas que la señora Warner era la única que podia testificar. Viendo que eran inútiles, empleó la palabra eficaz.

—Me pondré malo, moriré.

Y en su desesperacion la señora Warner dijo á su marido:

—Se pondrá enfermo, se morirá.

Mas el padre no dió crédito á esta prediccion. Arturo entró en el colejio contra su voluntad. Algunos dias despues, el matrimonio partió para Italia.

No hay necesidad de deciros que el colejio era para Arturo un verdadero infierno. Sin embargo, muchos de vosotros sabeis hacer justicia á ese pobre colejio tan temido antes de estar en él, tan desacreditado cuando se está allí, y que tanto se echa menos despues de haberlo dejado. Se puede vivir en él feliz ¿no es verdad? Esos juegos ruidosos, esa alegría tan loca, tan franca, tan atractiva que reina en él y que hacen siempre que sintamos no ser todavía niños, todo eso es un indicio muy seguro de que la vida es allí muy agradable. Por mi cuenta no os he visto reir nunca y retozar con tanta libertad, ser tan vuestros en una palabra, como en el colejio. Mirad, estoy cierto de que comeis siempre allí con mejor apetito, por delicadamente criados, por mimados que seais en casa de vuestros padres. Además ¿no se han visto y se ven todos los dias príncipes que están en él contentos, y preferir aquellos patios cubiertos de polvo, donde se ejercitan con tanta libertad, á los salones dorados de sus palacios donde frecuentemente están oprimidos y llenos de tedio?

No sucedió lo mismo á nuestro niño mal criado, porque allí no podia encontrar esclavos de sus caprichos.

¡Oh! esto consiste en que en el colejio no es bueno tener caprichos.



Pero Arturo se habia propuesto no permanecer en el colejo. Niño extravagante, y queriendo siempre permanecer el mismo, no podia acomodarse á aquella misera vida. Habia dicho á su madre que se pondría enfermo, y si no lo estuvo desde luego, lo fingió al menos, pensando que este gran arbitrio lo sacaría de lo que él llamaba su prision.

Así es que, por la mañana era muy frecuente en él no bajar del dormitorio con los otros; ya pretestaba un violento dolor de cabeza, ya un cólico espantoso, otras veces un gran mal de corazon. Todas las enfermedades que habia oido nombrar en su casa, aun las mas extravagantes, las que solo acometen á los viejos, del mismo modo que las que atacan solo á los niños, se las encajaba con una seguridad imperturbable. Al principio se asustó el médico; cuando venia á visitarlo lo encontraba con los ojos vueltos, porque Arturo se habia adiestrado á ponerlos así cuando lo juzgaba á propósito. Conservaba apenas un soplo de voz para responder á las preguntas del doctor; en fin, él representaba su papel como el cómico mas consumado. Mas el doctor vió pronto con quién se las habia. Entonces no recetó mas que un remedio para todas aquellas enfermedades, la dieta, que es la panacea de todas las enfermedades del colejo.

El hambre, dice un proverbio, echa el lobo fuera del bosque. El hambre tambien sacaba á Arturo del dormitorio; lleno de vergüenza iba á emprender su trabajo acostumbrado, su cadena, no sin aparentar que se violentaba y consultaba mas bien su razon que sus fuerzas. Muy bien habria deseado procurarse á cualquier precio algunos alimentos, aunque solo fuese pan, á fin de permanecer mas tiempo en cama; mas los sirvientes no se esponian á dárselo, contenidos como estaban por una severa prevencion y por el ejemplo de uno de ellos despedido por haber faltado á ella.

Este modo de manejarse hacia ya algunas semanas que duraba; Arturo habia esperado que el director, engañado por aquellas falsas apariencias de enfermedad, escribiría á sus padres que la salud de este niño delicado no le permitia permanecer en el colejo, y que solo la casa paterna podría convenirle; pero desgraciadamente el director no era el juguete de esta estratagemas. ¡Un director es tan malicioso! Nada que se pareciese á esto habia escrito. Los avisos que se dan periódicamente á los padres sobre el trabajo y la salud de los hijos, contenian solamente que Arturo era un niño desapacible y caprichoso que necesitaba el colejo para igualarse con los otros. Lejos de anunciar que sus enfermedades fuesen peligrosas ó mortales, no hacia mención de la mas leve indisposicion.

Todas las molestias que se habia tomado para llegar á su fin,

todas las dietas que le fué preciso sufrir, solo habian servido para atraerle la nota que se da á los niños voluntariosos. Esta palabra lo reasumia todo. Y no veía llegar á su madre para librarlo. ¡Oh! qué enojado estaba con ella entonces! cuánto deseaba poderla dar las quejas que estaba persuadido merecia! cómo se proponia luego que se rompiesen las cadenas, desquitarse á costa de cuantos le rodeaban, de la opresion en que le habian tenido tanto tiempo! Pero estas cadenas no se rompian. En las cartas que recibia se le recomendaba fuese razonable, y olvidase enteramente sus antiguos caprichos, á fin de merecer mejores informes. Entonces brotaban sus lágrimas; pero no eran buenas lágrimas: solamente el despecho y la cólera las hacian correr, y se obstinaba mas y mas en la resolucion de salir del colejio.

Le fué, pues, preciso finjirse de nuevo enfermo. Como no se habia hasta entonces cedido á sus deseos, y jamas él se habia atemperado á la voluntad de los demás, se persuadia que con terquedad lograría su intento. Por esta vez se engañó.

Los colejiales descubrieron prontamente el significado de sus males. Primero habian creído de buena fé sus dolencias, y le habian compadecido, no dudando de su sinceridad. Mas cuando se enteraron de que ellos tambien se habian engañado, oh! entonces no tuvieron mas compasion de él. Los colejiales gustan de la franqueza, y se rebelan contra todo lo que es hipocresía y mentira. Arturo los temia y no los amaba; un corazon como el suyo no puede amar á nadie.

Una noche, durante la hora de recreo, uno de ellos, llamado Alfredo, muy correton, capaz de hacerse poner preso por cuatro dias con tal de dar gusto á un buen camarada, ó jugar un chasco á uno malo, aprovechándose de un momento en que el maestro no ejercia su vijilancia, reúne los otros colejiales bajo una acacia, y se expresa así:

—Señores, tenemos entre nosotros un enfermo imaginario. Este es Arturo Warner.

—No es buen chico, dijeron á un tiempo todos los otros.

—Por eso, continuó Alfredo, yo os propongo ser yo mismo su médico.

—Bravo! bravo! Este Alfredo es divertido!

—Y ved aquí como, continuó el orador. Compraremos un buen gorro de algodón, y un día que nuestro moribundo risible baje con cara pálida y triste, me encargo en cubrirlo con toda ceremonia.

—Oh! muy bien pensado! dijeron los otros; con eso no volverá á finjirse malo.

—El medio de probarme, dijo Alfredo, que sois de mi parecer, es que todos contribuyamos para comprar el gorro de algodón.



—Es muy justo, exclamaron todos.

—Toma, vé ahí diez cuartos, dijo uno.

—Y aquí están veinte, dijo otro.

—Yo doy treinta, grita un tercero.

—Basta, basta, dijo Alfredo. Ya hay para comprar seis gorros de algodón. Me dais vuestro dinero con mas presteza que si se tratara de comprar con él bollos y confites; compraremos con el sobrante un bello moño para adornar el gorro de nuestro enfermo.

Esta nueva idea hizo reir mucho á los diabólicos estudiantes. Las reuniones están prohibidas en el colegio. Así que se acercaba el maestro, se separó la grave y filantrópica asamblea, y volvió á sus juegos de cuerda, de pelota, y de trompo. Alfredo quedó pues encargado de esta cura importante.

El día fatal llegó muy pronto. Nuestro enfermo bajó del dormitorio mucho despues de los otros, con su semblante lastimoso de costumbre.

Sin embargo, habia juzgado á propósito terminar su enfermedad á la hora de un recreo que precedia á la comida y habia venido á mezclarse con los otros para mirar no para participar de sus juegos.

Alfredo habia dado la señal. Luego que el maestro pasó á otro extremo del patio, todos formaron al instante un círculo al rededor de Arturo. Alfredo se acerca al punto por detrás y le encaja en la cabeza un ancho gorro de algodón adornado de un magnífico moño, y esto en medio de grandes risas y ruido de pies, y palmoreo de todos los colegiales, que conduciéndole solemnemente á la fuente para administrarle un chorro de agua, y parodiándole la escena burlesca de los boticarios del *enfermo imaginario* repetian en coro: *Dignus est intrare, dignus est intrare in nostro docto corpore*. No se separaron sino cuando el maestro atraído por sus estrepitosas voces estaba cerca de ellos.

Un frío sudor corría por todos los miembros de Arturo. Sin embargo, solo contra todos, no se atrevió á decir nada, y concentró en sí mismo su cólera. Mas tomó odio á todos los colegiales.

Desde este momento quedó curado de todas sus enfermedades. Se le vió presentarse con los otros en todos los ejercicios; su salud, apesar suyo, se manifestó excelente. Solamente no reía con sus camaradas, ó bien era una risa forzada, si reía. Sin embargo, lo que no habian podido hacer ni los consejos de su padre ni los del rector, ni todas las visitas del médico, la travesura de algunos camaradas lo realizó. Esto no es extraño.

Querría que esta historia se terminase aquí, que el castigo de Arturo no hubiese sido mas fuerte. Mas debo continuar mi relacion hasta el fin: como es triste seré breve.

Hasta aquí solo teneis adversion á Arturo, ahora vá á inspiraros pura compasion. Si no tenia todavía la alegría de los otros; si todavía no se habia convertido en un verdadero estudiante, al menos empezaba á encontrar que la vida del colejo puede ser soportable, y aun le habria tomado gusto al cabo si no hubiese sido por un incidente terrible y deplorable del cual él mismo se hizo víctima. Una enfermedad interna, una enfermedad en las entrañas vino á apoderarse de él. Esta fué demasiado verdadera, el pobre niño lo experimentó cruelmente. No le dejaba ningun alivio, era cruel.

La escena del gorro habia hecho en él tal impresion, que no se atrevió á descubrir lo que padecia. Temió que despues de haber sanado, podia ser objeto de igual burla, y quiso mas bien aguantar, esperando un pronto restablecimiento de su mal; procuraba callarlo, ocultarlo; mas su mal lo devoró.

Se echaron de ver al fin los dolores atroces que sufría. Ved qué cambio se habia verificado en él; poco antes se decia malo y no lo estaba, ahora lo está de una manera horrible y no osa manifestarlo; sin embargo se consiguió persuadirle que lo estaba realmente, y consintió en que se le cuidase. Pero estos cuidados pudieron curarle? Ay! no; habian llegado muy tarde. Arturo habia concentrado por mucho tiempo su mal en sí mismo; los esfuerzos que habia hecho para ocultarlo, lo habian convertido en incurable. Si hubiese tenido siquiera su madre á su lado!

Cuando se está enfermo, una madre es tan buena, tan preciosa! El echaba de ver que el menor de sus cuidados valia mas que todos los de los extraños que le rodeaban. Entonces fué cuando se arrepintió muy amargamente de haber sido tan injusto, tan ingrato con ella, y deseó con el mayor anhelo pedirla perdon de lo que la habia molestado. Diariamente preguntaba al rector para saber si la vería pronto. La señora Warner habia recibido noticia de la enfermedad de su hijo, y solo la distancia era causa de que no estuviese ya á su cabecera. Arturo no debia volver á verla. Ya habia muerto cuando ella llegó.

### CAMINOS DE HIERRO.

Ahora, queridos niños, que se están reuniendo fondos para hacer un camino de hierro que partiendo desde Madrid llegue hasta Alicante, leereis con gusto los detalles que os vamos á dar acerca de tan importante medio de comunicacion.

Llámanse caminos de hierro las vias de transporte donde se mueven los carruajes sobre dos líneas paralelas de barras de



hierro. Al principio se ahondaron estas barras en toda su extension haciendo una muesca mas ancha que profunda, para que entrase en ella parte de la llanta, dirigiendo su movimiento; pero hoy se prefiere una construccion mas económica, en la cual la forma rectangular de las barras no se ha mudado, y las ruedas están hechas en forma de muesca. Hablando con propiedad, estas vias no son *caminos de hierro*, porque aun cuando este metal hace en él las principales funciones, ocupa muy poco sitio, y solo es una parte muy pequeña del todo.

Dos líneas paralelas de barras de hierro constituyen un *carril* sobre el cual tendrían que moverse en la misma direccion y con igual presteza todos los carruajes, si no se pusiesen en juego por intervalos arreglados los medios de evitarse, cruzándose unos á otros. Pero todos los obstáculos desaparecen si el camino es de doble carril, uno para la ida y otro para la vuelta. Los caminos de un solo carril, solo pueden convenir para el servicio de una máquina, de una carrera, de cualquiera explotacion, cuyos productos se transportan á muy corta distancia en carruajes que vuelven vacios para ser cargados de nuevo. Los transportes á grandes distancias, tales como los necesita un comercio activo, exigen un doble carril, y de este modo la circulacion está sujeta á una regularidad de que carecen los caminos ordinarios.

Esta especie de carriles impone á las obras una precision en la medida que no exigen las carreteras ordinarias, y están destinados á dirigir el movimiento muy rápido de masas enormes, cuyos choques destruirían muy pronto todo lo que se opusiera á su curso, y á prolongar su duracion, ejecutándolos con la mayor perfeccion. Antes de emplear el hierro para este uso, los ingleses y los americanos se valieron de la madera; pero pronto se vieron obligados á renunciar á ella.

La aplicacion del vapor á los caminos de hierro ha producido verdaderas maravillas: diez, veinte, treinta carruajes con un coche de vapor ó *locomotivo* salvan en un instante una distancia inmensa, pues la velocidad de ciertos locomotivos excede á la del viento mas desencadenado. En general la velocidad media de los locomotivos es de diez leguas por hora, aunque hay algunos en Inglaterra que han recorrido en una hora el espacio de veinte y cinco leguas.

No es de extrañar pues que en muy pocos años se haya puesto en movimiento una masa enorme de capitales para construir caminos de hierro. La Inglaterra ha invertido ya mas de cuatro cuentos de reales; los Estados-Unidos de América cinco mil quinientos millones; la Prusia y los diversos estados de la Confederacion germánica mil setecientos; el Austria ochocientos; Francia cuatro cientos ochenta; la Holanda y la Bélgica cuatro-

cientos; la Rusia ochenta; los estados de Italia cuarenta, y la Isla de Cuba seis millones de duros.

Este inmenso capital ha contribuido á poner en movimiento una multitud de industrias, á acrecentar el valor de las tierras, á aumentar el precio de la mano de obra, á elevar las rentas de los particulares y del Estado, sobre todo en Bélgica, que solo tiene sesenta y cuatro leguas de largo y cuarenta y dos de ancho, y cuenta ya mas de cien leguas de caminos de hierro.

El establecimiento de estos medios de comunicacion perfectos, procura á las personas una economía de tres quintas partes del tiempo y dos terceras del dinero: á las mercancías un ahorro de una tercera parte sobre el precio del transporte.

Y cuál es ahora la fraccion de la sociedad que saca mas ventajas de esta facilidad de transporte? La clase media sin contradiccion alguna. En Inglaterra, donde los caminos jamás han sido frecuentados por gran número de viajeros á pie, se conoce menos que en Alemania las ventajas que los caminos de hierro ofrecen á los que viajan á pie. Allí, estos viajeros abandonan su baston de peregrino para subir en los convoyes, y así desde Leipzig hasta Dresde, donde el precio del viaje solo cuesta unos trece reales por veinte y cuatro leguas, la multitud se aprovecha con gusto de la inmensa ventaja que les proporciona el camino de hierro, porque atraviesan en tres horas el espacio que se andaba antes en tres dias.

La economía es indudable; pero los caminos de hierro no solo proporcionan á las poblaciones una gran economía en los costos del viaje ó de transporte de mercancías: tambien están llamados á destruir el espíritu de rivalidad de pueblo á pueblo, á propagar la civilizacion, haciendo mas fácil el contacto de los diferentes grupos sociales, y como todo lo que consumen se extrae de las entrañas de la tierra, su desarrollo es excesivamente provechoso á las clases trabajadoras, á las cuales aseguran una sucesion indeterminada de trabajo.

La aventura siguiente sucedida á un jóven en extremo distraido, podrá daros una idea de la rapidéz de las comunicaciones por los caminos de hierro, comparativamente á los demás medios de transporte.

Ernesto de la Rosa, jóven de diez y seis años, era, como ya hemos dicho, sumamente distraido, defecto que le habia acarreado muchos chascos. Cada vez que le sucedia esto, se proponia corregirse; pero habian pasado muy pocos instantes cuando ya habia perdido de vista sus proyectos de reforma.

Hallábase en Paris Ernesto, y su familia, compatriota nuestra y obligada á vivir fuera de España, moraba en Meudon, en una linda casa de campo. Ernesto, cansado de residir en la capital de Francia, determinó reunirse con su familia, y á las sie-



te de la mañana de un hermoso día de primavera se puso en marcha en el primer convoy del camino de hierro de Versalles (orilla izquierda). En el espacio de veinte minutos el convoy se detuvo dos veces; pero Ernesto, según su costumbre, pensaba entonces en todo menos en su viaje, y no paró su atención hasta que al fin se detuvo el convoy. Entonces echó pie á tierra como todos sus compañeros de viaje, y dijo á uno de los empleados.

«¿Con que ya estamos en Meudon?

—En Versalles, caballero, respondió el francés.

—Demonio! á Meudon es á donde yo quería ir.

—Para qué subió V. en uno de los carruajes de Versalles? Todos tienen rótulo: mírelo V.

—Es verdad; y cómo me las compongo ahora para ir á Meudon?

—Es bien fácil; dentro de cinco minutos sale un convoy.»

Ernesto tomó asiento, y veinte minutos después se hallaba en marcha, pensando en el placer que recibiría su familia al verle, y en lo bien que le iría en la casa de campo.

Sumido en sus pensamientos, corrió media hora sin que lo advirtiese, y cuando el convoy se detuvo exclamó:

«Cómo, ya estamos en Meudon?

—En París dirá V. caballero.»

Furioso Ernesto, no se atrevió á quejarse temiendo no se burlaran de él, y se apresuró de nuevo á pagar su asiento para el próximo viaje. Aquella vez nuestro distraído se mantuvo alerta, decidido á poner el pie en tierra no una vez sino siempre que parase el convoy; pero desgraciadamente aquel en que partió no se detenía en parte alguna, de suerte que por la tercera vez, el pobre Ernesto cruzó á Meudon sin detenerse y se halló de nuevo en Versalles.

Después de tronar contra los caminos de hierro volvió á emprender su viaje, y al fin se bajó en Meudon, no sin haber andado quince leguas en lugar de dos.

---

## CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Frecuentamos nosotros en esta corte una sociedad, compuesta en su mayor parte de hombres instruidos, que se ocupan con frecuencia, no de los sucesos del día que los sucesos del siguiente hacen olvidar, no de frívolas anécdotas, sino de objetos científicos, de nuevos descubrimientos, de las observaciones hechas por los naturalistas, ó contadas por los viajeros. Sin embargo, algunos jóvenes, y no pocas señoritas, concurren con

sus padres á esta sociedad, y cosa admirable! lejos de aburrirse, hallan placer en semejantes instructivas conversaciones.

Hemos pensado, pues, que los lectores y lectoras del *Mentor* también hallarán algún interés en los objetos discutidos en la sociedad, si se procura despojar estas conferencias de todo cuanto pueda parecerles árido y escabroso. Escogeremos por lo mismo lo que creamos conveniente, y si acaso cometermos una indiscreción divulgando de este modo lo destinado únicamente á un corto número de personas conocidas, nuestros amigos nos perdonarán, en favor del objeto laudable que nos proponemos.

### I.

#### **Animales microscópicos. — Hombres que comen tierra.**

Conocido el reino animal con bastante perfección en la época que alcanzamos, no se emprenden grandes viajes por los sábios, sin que enriquezcan este reino con algunas especies nuevas, y también con cierta clase de animales que aun no habían los naturalistas observado; pero al menos parece que ya no hay importantes descubrimientos que hacer, y que los animales recientemente hallados solo se distinguen de los ya conocidos en algunos caracteres.

Así muchos naturalistas se han dedicado en los últimos tiempos á observar el mundo microscópico, es decir, á seres tan pequeños que la simple vista no puede distinguir su forma, y es preciso recurrir al microscopio para examinarlos, así como reconocer su organización. Al número de estos animales pertenecen los *infusorios* que en grandes masas se encuentran en las aguas, sobre todo en las estancadas, así como en otros fluidos.

Estos animalillos tienen formas muy variadas, como que son redondos ó entre largos, además de transparentes, y están cubiertos de una conchita desnuda ó vellosa. Hay un naturalista que sostiene haber observado infusorios que tienen los ojos en la cola, en lugar de tenerlos en la cabeza, y otros que tienen no un solo estómago, sino cincuenta; por fortuna estos cincuenta estómagos digieren tan poca cosa, que con ellos no se empobrecen ni la tierra ni las aguas. Si fuese de otro modo, los infusorios podrían alarmarnos, porque se propagan con espantosa rapidez: si un día no hay mas que algunos individuos, dos ó tres días después hay millares, y en menos de una quincena millones.

Creeráse tal vez que no tenemos relación alguna con los infusorios: sin embargo, las observaciones hechas con ayuda del microscopio, han revelado que los animalillos se agarran á los hombres ni mas ni menos que á los cuadrúpedos, á las aves y á los pescados, y, en una palabra, á toda la naturaleza animada, prefiriendo precisamente los ojos. ¿Podría nadie figurarse que tenemos animales en los ojos?



Por mas débiles y chicos que sean, los animalillos no desaparecen despues de la muerte con tanta facilidad como los animales de mayor tamaño. Se han encontrado masas enormes de mas de cincuenta especies diferentes en la tiza blanca que hay en las tierras contiguas á París: una pulgada cúbica de tiza, es decir, un pedazo de tiza de una pulgada de altura, de ancho y de largo, contiene más de un millon; de suerte que cuando se empuña una libra de aquella tiza, se tiene en la mano mas de diez millones de infusorios.

Tambien se han encontrado masas de estos animales en el tripol ó greda que sirve para dar lustre á los metales: igualmente los contienen las capas de arcilla y los montones de turba ó cespèd terroso: los hay en la sal de roca llamada sal gema, á la cual tiñen algunas veces de un color rojo; porque el rojo es el color dominante entre los infusorios, y sus ojos con especialidad parecen de este color, al menos en muchas especies.

Por último, examinando hace poco un polvo blanco que se halla en las rocas del norte de Europa, particularmente en la Laponia y en la Finlandia, y que tambien se encuentra en el norte del Asia, se han descubierto masas de estos animales microscópicos provistos de una concha; observacion que ha explicado á los naturalistas el motivo por qué los pueblos del norte en tiempo de penuria buscan este polvo blanco, que se llama harina fosil, para que les sirva de alimento.

Esto no es de extrañar, si se atiende á que la substancia animal de los antiguos infusorios no está enteramente destruida, y debe conservar alguna cualidad nutritiva ó alimenticia. Tal vez esto no tenga buen sabor; pero los lapones y los inlandeses, á quienes no es dado escojer los manjares, porque la naturaleza no les ha concedido ganados, legumbres y frutas, y no tienen con qué pagar las producciones de otros paises, no pueden ser muy mirados en materia de alimentos, sobre todo en instantes de penuria y carestía. Los habitantes de las orillas del Orinoco en América, y los negros, tanto en Africa como en las colonias, comen pollas de una tierra gredosa cuando no tienen otra cosa mejor para aplacar el hambre; y los noruegos, vecinos de los lapones, han molido muchas veces cortezas de árboles para amasarlas y hacer pan: cuando la necesidad aprieta, los pueblos se las componen como pueden.

## LOS ZAPATOS DE HORTENSIA.

Retirada la emperatriz Josefina, esposa de Napoleon, cuyos gloriosos hechos os hemos contado ya en el *Mentor*, al palacio de la Malmaison, trataba á cuantos se acercaban á ella con tal

dulzura y bondad, que sus damas, como jóvenes y curiosas, le rogaron un día las enseñase sus diamantes de que se hablaba mucho en todo Francia. Acogiendo la emperatriz con complacencia semejante deseo infantil, mandó pusiesen en medio de la cámara una gran mesa, sobre la cual extendió todas las joyas que contenían sus cofrecitos.

Las camaristas abrieron tanto ojo deslumbradas con tantos brillantes y piedras preciosas como realzaban tan ricos adornos; pero la emperatriz, luego que se divirtió un rato con la admiración de las jóvenes, las dijo con seriedad:

«No envidieis este lujo, que en manera alguna constituye la felicidad. Yo aprecio mas un par de zapatos viejos que tengo guardados, que cuantos diamantes encierran mis cofres.»

Al oír esto las camaristas, no pudieron disimular la risa, porque creyeron que era una broma. Entonces Josefina repuso:

«No hay que reírse, pues, lo repito; el regalo que me ha causado mas placer en toda mi vida, es un par de zapatos de cuero, y voy á deciros por qué.

Cuando dejé la Martinica con mi niña Hortensia para venir á Francia, estaba muy lejos de ser rica: el pasaje en el buque que nos transportaba habia consumido la mayor parte de mis recursos, y apenas pude comprar lo indispensable para un viaje tan largo.

Hortensia, vivaracha, alegre, que sabia muy bien las *dancitas* de los negros, y cantaba imitando perfectamente su cadencia y sus gestos, divertia mucho á los marineros, los cuales no la dejaban, conversando con ella á todas horas. Luego que yo me dormia, la niña subia al puente, y allí era objeto de la admiración general, repitiendo sus habilidades con gran satisfacción de los marineros.

Un contramaestre ya viejo la quería muchísimo, y cuando sus ocupaciones se lo permitian se solazaba con su amiguita, la cual lo amaba hasta rayar en locura.

A fuerza de correr, bailar y saltar, los zapatos de mi hija se rompieron enteramente, y sabiendo que no tenia otros, á la par que temiendo no la dejase yo subir al puente, me ocultó esta corta desgracia, de suerte que un día la ví venir con los pies ensangrentados, y la pregunté asustada si estaba herida.

—No, mamá, me respondió.

—Y esa sangre?

—No es nada, mamá, yo te lo aseguro.

Entonces traté de reconocer el mal y descubrí que los zapatos estaban hechos pedazos, y se habia destrozado un pie con un clavo.

Nos hallábamos á la mitad de la travesía, y hasta llegar á Francia no habia medio de procurarse un par de zapatos nuevos. Aflijida yo profundamente al considerar el sentimiento que



iba á causar á mi pobre Hortensia, obligándola á permanecer en nuestra mezquina habitacion ó camarote, no hacia mas que llorar, sin encontrar remedio á mi dolor.

En aquel momento llegó nuestro amigo el contramastre, y se informó con franqueza algo brusca de la causa de nuestros *llo-riqueos*. Hortensia sollozando apresuróse á decirle que no podría subir al puente porque habia roto los zapatos, y yo no tenia otros que darle.

— «Bah! dijo el marino, ¿no es mas que eso? Yo tengo en mi baul un par, y ahora mismo voy á traerlos. V. los arreglará á la forma de los pies de la niña, y yo coseré la cosa lo mejor que pueda. Pardiez! navegando es preciso acomodarse á todo, porque los requisitos son buenos para tierra. Con tal que haya *lo necesario* abordo, lo demás es pedir cotufas.»

Sin darnos tiempo de responderle, fué á buscar los zapatos, y nos los presentó con aire de triunfo, habiéndolos aceptado Hortensia con grandes demostraciones de alegría.

Nos pusimos á trabajar, yo cortando y él cosiendo con ardor, y antes de concluirse la tarde, ya mi hija podia entregarse de nuevo al placer de saltar, bailar y divertir á toda la tripulacion.

Aquel momento fué tan dulce para mí que nunca lo he olvidado. Mi reconocimiento hácia el viejo marino era sincero, y muchas veces me he acusado á mí misma por no haber preguntado el nombre de familia del contramaestre, conocido abordo únicamente con el nombre de Santiago. Hubiera sido para mí altamente satisfactorio hacer alguna cosa por él luego que la fortuna me fué favorable.»

Este relato, hecho con encantadora modestia y admirable sencillez por una emperatriz, interesó vivamente á sus camaristas, quienes se alegraron mucho de la curiosidad que las habia asaltado de ver los ricos diamantes de Josefina.

## UN TÉMPANO DE NIEVE.

Los habitantes de las montañas estan cercados de mil peligros, que apenas pueden concebirse en el centro ó mediodía de nuestro país. Entre estos peligros no son los menos terribles los témpanos de nieve y aun de hielo que se desprenden de la cima de los montes, y algunas veces sepultan aldeas enteras. Semejantes fenómenos son muy frecuentes en las cadenas de montañas que se extienden al frente de Granada, y llevan por nombre Sierra Nevada. Nada mas triste ni mas desolador que el aspecto de ciertos puntos de aquella comarca: acá y allá vénse funestos vestigios de apagados volcanes, y estrechos y sombríos valles encerrados entre montañas cuya cima está cubierta de eternas nieves, que se desprenden cuando menos se piensa, rodando con un rui-

do semejante al del trueno, destrozando, arrancando y llevándose en su curso impetuoso árboles, habitaciones y rocas.

Hacia muchos años que en Sierra-Nevada no había caído tanta nieve como en 1827. Muchos pueblecillos estaban como aprisionados, porque la nieve había cubierto todos los caminos, no siendo Almilla la que menos había sufrido. Uno de sus moradores, llamado Aguirre, viudo proletario que tenía dos hijos, aquejado del hambre, que ya hacía unos días empezaba á sentirse, resolvió, á pesar de la dificultad de reconocer los caminos, dirigirse á Granada con el objeto de vender algunas prendas de su difunta esposa.

Púsose, pues, en camino con sus hijos el 17 de enero á eso de las ocho de la mañana, y al cabo de media hora de una marcha llena de mil dificultades y contratiempos, encontraron á los hijos de un pastor amigo que tenía una choza á la entrada de un vallecillo. Los hijos de Pujada (así se llamaba el pastor), tres hembras y un varón, corrieron al encuentro del tío Aguirre, al cual dijo el muchacho:

«Creo que haría V. muy bien en no ir mas lejos: no hace una hora que se ha desprendido un gran témpano de nieve, rodando hasta el castañar que vé V. á cien pasos de aquí. El sol puede hacer que se desprendan otros, y.....

—Dios nos protegerá, respondió el tío Aguirre; necesitamos ir á la ciudad á toda costa.»

Y continuó su camino; pero no habían corrido diez minutos cuando los hijos del pastor oyeron un ruido lejano repetido por el eco de las montañas. Oyéronse á poco gritos y lamentos, y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

«Bien lo dije! exclamó el chico; el pobre tío Aguirre y sus hijos.... corramos!.....»

Dichas estas palabras, se dirige al sitio donde presume que los tres viajeros pueden haber sido alcanzados por el témpano de nieve; síguenle sus hermanas, y bien pronto reconocen que las huellas de aquellos tres infelices van á perderse bajo un monton de nieve de mas de veinte pies de alto.

«Ea, muchachas, manos á la obra!»

Armado de un hacha que había sacado para cortar leña, abre en la nieve una zanja, y las chicas secundan sus esfuerzos, separando la nieve con una podadera y ramas de castaños. Al fin, al cuarto de hora de incesante trabajo, oyeron débiles gemidos, y los infatigables chicos, redoblando su ardor, hallan por último á los infelices sepultados en aquella horrible tumba, y tienen la dicha de sacarlos sanos y salvos. Entonces hubo un espectáculo interesante: el tío Aguirre lloraba, abrazando á sus hijas y á los valerosos muchachos á quienes él y ellas debían la vida; y Francisco quiso que los tres fuesen á la choza de su padre, donde fueron acogidos con la hospitalidad propia de los habitantes del campo.